

DOMINGO I DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Ignasi M. Fossas, prior de Montserrat
26 de febrero de 2012
Gén 9, 8-15 Sal 24, 4-9 (R.: cf. 10) 1 Pe 3, 18-22 Mc 1, 12-15

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos en el primer Domingo de Cuaresma, este período de seis semanas que nos prepara para la celebración de la Pascua. ¿Qué sentido tiene, hoy, la Cuaresma?

Según la mentalidad bíblica la persona humana está formada, inseparablemente, de cuerpo, alma y espíritu. Todos somos capaces de identificar cada uno de estos elementos: el cuerpo, lo que vemos, tocamos, lo que podemos percibir más fácilmente de nosotros mismos y de los demás. El alma, que en este caso se refiere a la dimensión psicológica, afectiva, de los sentimientos. Y el espíritu, que sería la dimensión más profunda, la más genuina de cada uno y a la vez la más escondida y difícil de captar.

Todos somos conscientes de que nuestro cuerpo necesita unos hábitos de higiene y de salud para poder evitar las enfermedades y para poder estar mejor. Nadie discute que hay que lavarse cada día, que tenemos que hacer ejercicio físico y evitar los excesos de comer y de beber. Todos hemos oído hablar del colesterol bueno y del malo, o de la importancia de evitar el exceso de peso...

Pues bien, eso mismo que sirve para el cuerpo, tiene su equivalente en cuanto al alma y al espíritu. Hay unos consejos de salud, también, para nuestra psicología y para nuestro espíritu. Los últimos años se han publicado muchos libros sobre la manera de cuidar la propia psicología, la dimensión afectiva y los sentimientos. Son los libros llamados de autoayuda. ¿Y en cuanto al espíritu? Hace casi dos mil años que los cristianos tenemos unos consejos muy buenos para cuidar nuestro espíritu: los encontramos en el Evangelio, son los que vivió Nuestro Señor Jesucristo. Y no sólo tenemos estos consejos (que se podrían resumir en los 10 mandamientos y en las bienaventuranzas), sino que a través de la comunión con Jesucristo, obtenemos la fuerza para vivirlos.

La Cuaresma es, pues, un tiempo favorable para revisar los consejos de higiene y de salud, que afectan a nuestra persona entera. Y para fijarnos, de una manera especial, en lo que podríamos llamar la higiene espiritual. La oración, la lectura de la Escritura, el ayuno y la abstinencia, la limosna, son los medios clásicos para fortalecer nuestra salud espiritual. Todos estamos dispuestos a hacer algo para mejorar nuestra salud física o para prevenir ciertas enfermedades. ¿Y no deberíamos preocuparnos aún más por nuestro espíritu? Porque, como dice la primera carta de san Pedro que hemos oído, *el bautismo que actualmente os salva: ... no consiste en limpiar una suciedad corporal, sino en impetrar de Dios una conciencia pura, por la resurrección de Cristo Jesús Señor nuestro.*

Pidamos al Señor, con el salmista, que nos haga conocer sus caminos, que nos encamine en su verdad, que nos instruya por el camino de la salvación. Nosotros creemos en la vida eterna y en la resurrección de la carne. Esto quiere decir que esperamos una vida plena después de la muerte, en la que podremos tomar parte con todo nuestro ser transfigurado: el cuerpo, el alma y el espíritu. Pero también sabemos que el cuerpo se deshará después de la muerte. El espíritu, en cambio, no desaparece en ese tránsito ineludible para cualquier ser mortal. De ahí la importancia de cuidar la vida espiritual. Por eso tiene sentido la Cuaresma, este tiempo de preparación, de revisión, de entrenamiento (la palabra ascesis que se relaciona con la cuaresma, de hecho quiere decir esto: entrenarse para estar a punto a la hora decisiva del combate).

Durante las próximas semanas, hagamos un programa serio de revisión y de entrenamiento de nuestros hábitos de salud espiritual. Repasemos los 10 mandamientos y las bienaventuranzas y miremos cómo está nuestra agilidad de espíritu, dejémonos examinar por el Señor para identificar los parámetros malos que tenemos que eliminar y los buenos que tenemos que potenciar.

Jesús hizo algo parecido al estilo de su tiempo: *el Espíritu lo empujó al desierto donde se quedó cuarenta días*. A nosotros la Iglesia no nos propone un entrenamiento tan duro ni tan intenso. Nos propone, con más suavidad, pero con la misma intensidad, dejarnos iluminar por la palabra de Cristo que nos dice: *Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed la Buena Noticia*.